Francisco García Pacheco y Luis Candela

¡NO MÁS CALVOS!

APUNTE DE SAINETE EN MEDIO ACTO

ORIGINAL Y EN PROSA



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

—

1921

Francisco García Pacheco y Luis Candela

¡NO MÁS CALVOS!

APUNTE DE SAINETE EN MEDIO ACTO

ORIGINAL Y EN PROSA

ESTRENADO EL DÍA 13 DE MAYO DE 1921
en la fiesta del Sindicato de Periodistas verificada en el Teatro de Apolo
y representado después en el de Lara



MADRID
IMPRENTA DUCAZCAL
Amnistía, núm. 3.
1921

A

Guadalupe Muñoz Sampedro

y

Ricardo Simó Raso,

a cuyo talento artístico se debe la mayor parte del éxito obtenido por este entremés, con el agradecimiento de

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
GUADALUPE	Guadalupe Muñoz Sampedro.
OLEGARIO	Ricardo Simó Raso.
UN GUARDIA	Lorenzo Velázquez.

Varios transeuntes.—Derecha e izquierda del actor.

La acción en Madrid. Epoca actual.

ACTO ÚNICO

Una plazoleta. En el centro, subido en un cajón y ante una mesita de bógera sobre la que hay algunos frascos, se halla el SEÑOR OLEGARIO. *El señor Olegario es un charlatán de plazuela. Toca su cabeza con un gorro turco y toca una campanilla desesperadamente. En la escena no hay más alma viviente que él.*

ESCENA PRIMERA

OLEGARIO

OLEG. ¡Respetable público! ¡Respetable público! Bueno, llevo así desde las diez de la mañana y va a dar la una y ni por curiosidad s'ha detenío un transeunte. Cuidao que hay vagos en Madrid. Pues ni un vago me ha caído en suerte. Por allí parece que viene un militar. (*Agita la campanilla.*) ¡No más calvos, señores! ¡Respetable público! ¿Pues no se vuelve? ¡Maldita sea! Allá viene un clérigo. ¡Respetable público! Este elixir que ofrezco a usté, es una maravilla... y me quedo corto; basta usarlo una vez para que el cabello surja veloz y presuroso... y no se queda corto. En muchos casos ha salido de sopetón. Al que lleve tres frascos se le dan dos de regalo; al que lleve dos se le da uno y al que lleve uno se le da... las gracias. Al que lleve tres... al que lleve tres... bueno, al que lleve tres horas destrozando esta campanilla y haciendo polvo esta otra... (*Por la garganta*) y sin estrenar-

se, es pa que le dé la gripe. Vaya pata que he tenío hoy pa abrir la tienda. Ni que me hubiá establecío en el desierto de doña Sahara.

ESCENA II

OLEGARIO *y* GUARDIA

(Entra por la derecha un Guardia municipal.)

GUARD. ¿Poca gente, eh?

OLEG. Desde las diez que estoy aquí no me he estrenao, amable agente.

GUARD. Pues yo venía a pasarle a usted la papeletita.

OLEG. ¡Pues como no quiera usted que le haga un vale! No me he estrenao, señor.

GUARD. El Municipio no es responsable.

OLEG. Pues espérese usted, y el primer frasco que despacha es pa el Ayuntamiento. Hombre simpático, subordinado del Alcalde, ayúdeme usted a ver si tié usté más suerte que yo. Dele a la campanilla.

GUARD. ¡Yo!

OLEG. ¿Qué tié de particular? ¿No la agita el Alcalde en las sesiones? Además, que esto lo hace usted por defender los intereses de la villa.

GUARD. Nos está prohibido agitar nada.

OLEG. Lo agitaré yo. (*Le da de firme*) Sí, distinguidos oyentes. ¡No más calvos!

GUARD. Llámelos usté ilustres a ver si acuden.

OLEG. Sí, ilustres oyentes. ¡No más calvos! Este elixir para el cabello es estimulante, pero también es vigorizador y evita la caída (*Hace en esto una contorsión que casi cae al suelo, pero le sujeta al guardia.*)

GUARD. Si no llego a evitar la caída, se estrella usté.

OLEG. Es que estoy de malas, querido municipal. En cambio ayer, antes de la caída de la tarde...

GUARD. ¿También ayer hubo costalá?

OLEG. Me refiero al crepúsculo.

GUARD. ¿Y qué es eso?

OLEG. Al anochecer.

GUARD. ¡Ah, ya!

OLEG. Ayer, antes de anochecío, ya había terminao con la existencia.

GUARD. Pues hoy no la ha terminao usté por milagro.

OLEG. Eso es cierto.

GUARD. ¿Bueno, me paga usté?

OLEG. Como no quiá usté que le pague en especie.

GUARD. ¿Y para qué quiero yo eso?

OLEG. ¿No hay ningún Concejal calvo? Pues le osequia usté, y pué que le ascienda.

GUARD. Lo que hace es que me deja cesante, porque en vez de salirle el pelo pué que se le caiga el cerebelo.

OLEG. También pué ser.

GUARD. Lo mejor es que dé una vuelta y vuelva.

OLEG. Eso es lo mejor. Usté no es de aquí, ¿verdad?

GUARD. No, señor, soy de Oviedo.

OLEG. ¿Y tendrá usté familia allí?

GUARD. Una poca.

OLEG. Pues pué usté llegarse a darse un vistazo, y cuando vuelva pué que me haya estrenao. (*Baja del cajón.*) ¡Vaya una mañana! Lo que es por estas calles no me vuelven a ver el pelo. (*Dice esto a tiempo que se quita el gorro turco para ponerse una gorra y luce una espléndida calva.*)

GUARD. Oiga usted, amigo. ¿Pero eso que usté vende no es pa el cabello?

OLEG. Sí, señor.

GUARD. ¿Y por qué no lo emplea usté, a ver si se arregla eso de la bola?

OLEG. Esto no tié arreglo. Me ha quedao así de enseñarlo.

GUARD. Pues pa mí que no se estrena usté. Di quiá luego. (*Mutis.*)

OLEG. Lo dicho. No vuelvo más a este barrio. Hombre, por allí viene una joven. Esta me estrena. (*Se quita la gorra, se encasqueta el turco y asciende al cajón.*) Sí, respetable público: estimulante, refrigerante, vigorizante y espeluznante, como ya he dicho antes.

ESCENA III

GUADALUPE y OLEGARIO

(Entra la Guadalupe por la izquierda. La Guadalupe es el «non plus» de las madrileñitas castizas. Tiene sus diez y ocho años, es de oficio, es guapa, es pinturera. Lleva el vestidito descotado y corto, para lucir por arriba y por abajo unos sorprendentes encantos que han causado algunas catástrofes, porque al verlos los transeuntes se olvidan de los tranvías. Trae en el brazo una cestita. Se queda mirando al señor Olegario, sorprendida, y dice):

GUADA. ¡Mi madre! Pero si es el señor Olegario.

OLEG. ¡Arrea! La Guadalupe.

GUADA. ¿Pero qué hace usté ahí disfrazao de pimiento morrón?

OLEG. El rídiculo.

GUADA. *(Revolviendo los frascos.)* ¿Y pa qué vende usté esto?

OLEG Pa poder comer.

GUADA. ¡Ah! ¿Pero esto es alimenticio?

OLEG. No, mujer. Pa comer con las ganancias.

GUADA. Yo digo que pa que sirve.

OLEG. Pa na. Al público le digo que sirve para hacer salir el pelo, pero a ti que te conozco dende la cuna no te voy a tomar el susodicho. De tóos modos te voy a regalar un frasquito.

GUADA. No se moleste usté. Tengo buena mata.

OLEG. Si no es para eso; pa la cabeza no sirve; pero deja los doraos que da gusto.

GUADA. Los doraos los limpio yo con amor.

OLEG. Es verdad. No me acordaba que tú eras más amorosa que un vals vienés. Bueno, ¿y ánde vas tú tan requetebién puesta?

GUADA. A traerle la comida a mi padre, que trabaja en esa obra de ahí al lao.

OLEG. Pues nadie lo diría; al verte, me figuré que había recepción en Palacio; por más que ya sé que tú eres muy limpia, y muy pinturera, y muy bien plantá.

GUADA. Y que lo diga usté, señor Olegario. Vergüenza me daría a mí salir a la calle hecha una zarrapastrosa. Llevo poquita ropa, pero bien puesta.

OLEG. Poquita y cortita.

GUADA. ¡A ver! Hay que lucir algo. ¡Si usté supiera lo que agradecen esto los hombres!

OLEG. Pero si es que hoy día estáis las mujeres que hacéis regatas a ver quién enseña más.

GUADA. ¡Que enseñamos, dice!

OLEG. Las hay que enseñan hasta latín.

GUADA. ¡Cómo se conoce que vió usté poner la primera piedra de la puerta de Alcalá! Si fuá usté de mi quinta no diría eso. Antes las mujeres se tapaban hasta las orejas, y el día de la boda se llevaban cada chasco los maridos.. Ahora no les engañamos así, y el que se casa pues ya sabe poco más o menos lo que se lleva ¿No es nobleza esto?

OLEG. Pué ser que tengas razón. Además no tenéis más remedio que hacer eso pa ahorrar, porque con lo caro que está tóo, cualquiera sus haría un vestido de cola y con mangas de farol.

GUADA. Tié usté razón. Antes una faldita bastante buena la tenía usté por ocho pesetas. Y ahora..

OLEG. Ahora, en vista de que os han subido las faldas, sus bajáis los escotes. Como sigáis así, las nietas van a salir a la calle con un cinturoncito.

GUADA. Qué exageración. Cómo se conoce que usté no ha viajao.

OLEG. Pues mía que tú...

GUADA. Yo he ido dos veces a Aranjuez, na más. Pero voy mucho al cine y me ilustro Si usted supiera cómo van en otros países. Hace unos días que he visto una película que dice: «Viaje al corazón de la Judea», y allí salían unas mujeres. . ¿Sabe usté lo que llevaban?

OLEG. ¿Qué llevaban?

GUADA. Pues unas plumas en la cabeza y un anillo en la nariz.

OLEG. ¡Mi madre!

GUADA. Cuatro veces en la película y las cuatro veces igual. ¡Se conoce que las pobres no tenían más que lo puesto!

OLEG. Y a lo mejor las plumas no eran de ellas.
GUADA. Claro que no. Eran de avestruz.
OLEG. ¿Y ande echan esas películas?
GUADA. No vaya usté, porque son feísmas.
OLEG. ¿Las películas?
GUADA Las de las plumas.
OLEG. No, si yo iba pa regañarlas. Porque de esos espectáculos tié la culpa el público. A mí me pilla en el cine, y la primera vez que salen pué que salieran con las plumas, pero la segunda, salían con pelerina.
GUADA. No sea usté iznorante, señor Olegario. ¡Si en esos países no se conoce la lana!
OLEG. Ni la vergüenza.
GUADA. Pues como aquí siga la carestía, no sé lo que va a pasar.. ¿Sabe usté cuánta tela he echao pa esta falda?
OLEG. Palmo y medio.
GUADA. ¿Se quié usté callar? Un metro. ¿Y sabe usté cuánto me ha costao? Cincuenta reales. Menos mal que entoavía me ha sobrao pa hacerle una mantita al perro, con iniciales y tóo.
OLEG. ¿Ah, pero tenéis perro?
GUADA. Y gato.
OLEG. No sus priváis de ná.
GUADA. Y que como mi padre es revolucionario les ha puesto nombres sediciosos.
OLEG. ¿Cómo sediciosos?
GUADA. Ya ve usté: el perro se llama Lenine, y el gato, Trostky.
OLEG. Tu padre siempre ha sío muy aficionado al reparto social para ir tirando de esta perra vida. ¡Las pasa muy malas!
GUADA. ¿Pues y yo? ¡Yo sí que las paso malas, señor Olegario! Como que esta vida que llevo no es pa mí. Tóos los días igual, y a las mismas horas. El trabajo, el cocido, el novio... Esto, es muy aburrido, señor Olegario. Yo tengo otras aspiraciones y otros sueños, que no caben en este marco tan chiquitito ande vivo. ¡He leído tantas cosas en las novelas, y he visto tantas en las películas! Yo quisiá que me ocurriera algo sensacional, que me pasa-

ran muchas aventuras, y que dejase de ser esta vulgarcita bordadora que soy pa convertirme en una mujer de historia. Sí, señor Olegario, que me pase algo, porque lo que es si no, yo acabo nurasténica.

OLEG. Bueno, pues que te pase algo.

GUADA. ¿Ha visto usté *El llanto del cocodrilo*?

OLEG. ¿Y eso qué es?

GUADA. Una cinta que ahora echan en el Doré. ¡Si viera usté qué cosas le pasan a Lucile! Eso es lo que a mí gusta. ¿Ha leído usté *El castigo del cielo o La prometida de Satanás?*

OLEG. Eso sí. A novelero no me gana a mí ni *Ponson du Terrail*. ¿Has leído tú *Los tres mosqueteros*?

GUADA. Sí, señor.

OLEG. ¿Has leído tú *Veinte años después?*

GUADA. ¿Después de qué?

OLEG. Después de ná. Es la segunda parte de *Los tres mosqueteros*.

GUADA. Pues no lo he leído, porque entoavía no hace veinte años que leí la primera.

OLEG. Pues lela. ¿Y *El Vizconde de Brageleone?* Lelo también. ¡Ah! Y lee *El hombre que ríe*, que te hará llorar.

GUADA. Ya lo he leído, y no me gusta ná.

OLEG. Que es de Don Víctor Hugo, chica.

GUADA. ¿Y qué? Ande está *La mujer adúltera*, que se quite tóo.

OLEG. ¿Adúltera y que se quite tóo? Pues la habíamos hecho buena.

GUADA. Yo quisiá ser una mujer como esas de las novelas. Mire usté, señor Olegario; yo quisiá no ser hija de mi padre.

OLEG. ¿Qué dices, muchacha?

GUADA. Que me habían dejao en una cesta a la puerta de mi casa con un papel pegao en la espalda que dijera: «Se llama Guadalupe. Queredla mucho que no os pesará», y que tóos los meses llegase un cartero del Giro Postal con una fuerte cantidad.

OLEG. Es más bonito un embozao que tirara una bolsa de oro por la chimenea.

GUADA. ¡Ahí le duele! Tié usté razón. Y que mis padres,

bueno, los que pasaban por mis padres, me tuvieron en una casita de campo. Ya me veo yo regando las flores. *(Hace ademán de regar, en forma que si efectivamente llevara una regadera en las manos hubiera mojado a Olegario.)*

OLEG. ¡Qué haces!...

GUADA. *(Sin hacer caso de la interrupción.)* Y veo a un joven que llega montao en un brioso corcel. Un joven, guapo y apuesto...

OLEG. Apuesto a que se enamora de ti.

GUADA. Sí, señor. Se enamora de mí, pero, ¡ah, señor Olegario! Aquel joven es mi hermano.

OLEG. ¡Arrea, cochero!

GUADA. Mi hermano, sí, que también le habían dejao en una cesta en otra casa.

OLEG. Pues ya sé quién era tu padre. ¡Un repartidor!

GUADA. Y una noche, señor Olegario...

OLEG. ¡Una noche de tempestad!

GUADA Sí, señor. Una noche horrible, cuando yo estoy desnudándome para acostarme, penetran en mi casa unos hombres, con capas negras y antifaces negros, como sus corazones.

OLEG. Vamos, sí, una ración de calamares en su tinta.

GUADA. Aquellos malvados llevan en las manos sendos acerados puñales...

OLEG. ¡Caray, qué interesante es esto!

GUADA. Quiero lanzar un grito y no puedo Sólo tengo fuerzas para taparme con la colcha, porque el pudor me lo ordena así. Y aquellos miserables, esgrimiendo sus terribles dagas, avanzan hacia mí; levanta uno de ellos el puñal sobre mi pecho, y yo caigo al suelo presa de un síncope. *(Volviendo a la realidad.)* Desengáñese usted, señor Olegario, que esto es muy bonito. ¡Ay, si me pasara una cosa así!

OLEG. Han hecho bien en no seguir, porque ya tenía los pelos de punta. *(Recuérdese que es calvo.)* Bueno, pues si a ti te pasara lo que le pasa a la Florentina, la chica de mi porteta, eras feliz.

GUADA. ¿Pues qué le pase?

OLEG. ¡Una fruslería! Que a la pobre le han levantao una calunia para quitarle el novio. Ha sío una

mala lengua, la de su rivala, ¿sabes?, diciendo que la pobre ha tenío un desliz con otro.

GUADA. ¿Y no lo ha tenío?

OLEG. ¿Deslizarse la Florentina? Si es más seria que una partida de ajedrez. Bueno, pues el novio la ha despreciao, y ahí tiés a esa pobre chica loca y desesperá. Cuatro veces me ha preguntao a qué hora sale el correo de Asturias.

GUADA. ¿Pa marcharse?

OLEG. Pa arrojarse a la vía.

GUADA. No crea usté que eso es ninguna tontería.

OLEG. ¡Quiá de ser!

GUADA. También me gusta eso, señor Olegario, porque el papel de vítima es muy bonito. Días de desesperación y de lágrimas, rechazá por tóos, despreciá por tóos. Y luego, la verdá resplandece, la inocencia triunfa y la vítima no es vítima, señor Olegario, sino que a sus plantas se posternan tóos de hinojos, a pedirla perdón de sus ofensas. ¡Qué alegría si a mí me levantaran una calunia!

OLEG. Si quieres te levanto yo una que no hay quien te mire a la cara.

GUADA. Ser caluniá, como la Florentina. Ya me parece que estoy viendo el cuadro. (*Todo lo que sigue lo dirá la actriz jugando la escena, arrodillándose, mesándose los cabellos, etc.*) Mi padre que entra en casa desesperado, lanzando apóstrofes, al tiempo que salgo yo de la cocina con una fuente de judías. «Guadalupe. ¡Ah!, miserable hija fementida». Y se mesa desesperadamente los cabellos. Yo caigo entonces de rodillas, con los ojos inundaos de lágrimas: «¡Padre! ¡Padre mío!» Y mi padre: «¡Aparta, hija infame! ¡No hay perdón para tí!» Y yo entonces: «No pido perdón, padre, porque soy inocente». «¡Mientes, infame!» Yo, loca, me meso los cabellos.

OLEG. Antes habrás dejao las judías.

GUADA «Aparta, hija púrea, que has arrastrao mi honor por el lodo y has empeñao el brillo de mis timbres».

OLEG. Tu padre no ha tenido timbres en jamás.

GUADA. «Mientes, padre. Mátame, destrózame, pero soy

inocente». Y en esto mi novio, que entra desesperao, y grita: «¡Ah, mujer perjura y traidora! Eres mil veces peor que doña Mesalina. Te odio, te desprecio.» Y se mesa también. Y yo, arrastrándome por el suelo, digo: «Piedad, piedad, para una vítima de la maldad humana; soy honrada, soy honrada. ¿Y me llamas traidora? Traidor tú, que destrozas mi alma, tú eres el traidor.»

OLEG. Bueno, como vuelva ahora el guardia me la he cargao.

GUADA. Y mi novio, mi novio, que se lanza a mi cuello para estrangularme. «Muere, vil mujerzuela». Y yo, con las trenzas sueltas, el cuerpo desmadejao, y los ojos así, como la Bertini. Y a todo esto, Trotsky que chilla, Lenine que ladra y Tolstoy que bufa.

OLEG. El que está que bufa soy yo.

GUADA. Y en esto el chico de la taberna, que entra gritando: «Detente, Petronilo».

OLEG. Chist, calla, que viene gente. ¡Ya está bien la cosa!

GUADA. «La Guadalupe es inocente, Petronilo.»

OLEG. ¡Que vienen! Que estás llamando la atención.

GUADA. «No la mates, Petronilo.» (*Empiezan a entrar algunos curiosos. Guadalupe ni ve ni oye.*)

OLEG. ¡Guadalupe, por Dios, que vamos a la Comi!

GUADA. «Es inocente. Lo ha dicho tóo la Eufrasia al morir. Ha sío una calunia.»

OLEG. ¡Ah, qué idea! (*Tapa la boca a Guadalupe.*) No más calvos, señores. Sí, respetable público. Ya lo véis. Mirad qué hermosa mata de pelo la de esta joven, que era calva, y dos frascos del Elixir Olegariano han hecho este milagro.

GUADA. ¿Pero qué dice usté?

OLEG. (¡Calla loca!) Aquí tenéis a esta joven, que desesperada por su calvicie había abandonado su hogar. Dos años hacía que en su casa no la habían visto el pelo, y aquí la tenéis ahora, de rodillas ante mí, bendiciendo mi nombre y dando gracias al Elixir Olegariano. Preguntádselo a la joven, que no me dejará mentir. (Déjame mentir.) No más calvos. Esta joven, hija única de un matrimonio

honrao y trabajador, habita en la calle del Tribulete, número 51, patio cuarto, número 14, allí los incrédulos podrán adquirir detalles; su señor padre, su señora madre y su mata de pelo, no me dejarán mentir. ¡No más calvos señores!

GUADA. Sí, es cierto. Al elixir debo esta mata. (*Guadalupe enseña su pelo y todos se apresuran a comprar el esbecífico.*)

UNO. ¡Venga un frasco!

OLEG. Ahí va, señor, usté echará buen pelo; dos reales, caballero.

OTRO. ¡Otro a mí!

OTRO. ¡Otro! (*Varios de los que han salido piden frascos, que Olegario reparte. Guadalupe habla aparte con una joven que lleva un pañuelo en la cabeza, de manera que parezca que está calva.*)

OLEG. Sólo tres me quedan. Aprovechen. Los que no son calvos hoy, pueden serlo mañana. Tome usté, señora. Me queden dos. Sí, señor, para usté. El último.

GUADA. (*Detiene al señor Olegario, en el momento en que va a dar el último frasco a uno de los compradores.*) Señor Olegario. Por lo que usté más quiera. El último, para esta joven.

OLEG. Percatao. Ni una palabra más. Señores el frasco que aquí he tenido el honor de vender a ustedes al ínfimo precio de una peseta ahora no vale una peseta, ni tres reales, ni dos, ni uno, ni 20 céntimos, ni vale ná. Este frasco se lo regalo yo a esta joven a quien veréis dentro de pocos días de rodillas ante mí, para mostrarme su agradecimieuto. Y ahora, señores, agotado el género, pueden ustedes retirarse, que mañana volveré. (*Los que entraron y habrán ido desfilando, dejan solos a Olegario y Guadalupe.*) ¡Mi madre, qué suerte! ¡Lo menos me ganao 12 pesetas! ¡Me has hecho hombre, Guadalupe!

GUADA. Esto ha sido de película, señor Olegario.

OLEG. ¿Esto? Esto lo repetimos tú y yo en la Puerta del Sol. ¿No querías aventuras? Pues pa qué quiés más que las que vamos a correr tú y yo por esos mundos de Dios. Despídete de tu padre.

GUADA. ¡Arrea! Ahora que le nombra usté.

OLEG. ¿Qué?

GUADA. La comida. Estará desesperao. ¡Voy a pasársela! (*Coge la cesta, medio mutis por la derecha.*)

OLEG. Pero vuelve en seguida,

GUADA. Sí, señor. ¡Mi madre!

OLEG. ¿Qué te pasa?

GUADA. Casi nada: que dende ayer no está mi padre en esta obra, y no me acordaba.

OLEG. ¿Pues ánde está?

GUADA. Cerca de la Plaza de Toros.

OLEG. Pues como no cojas un auto, lo que le vas a llevar es la cena. Pero, espérate. Hemos descubierto una mina y hay que celebrarlo. Vamos a buscar a tu padre, y esta tarde comemos los tres en el Ritz.

GUADA. ¿Usté cree que nos dejarán entrar?

OLEG. Pues si no nos dejan entrar, decimos que nos saquen la comida.

GUADA. Entonces, vamos.

OLEG. (*Adelantándose a la batería.*) Señores. ¿Ustedes gustan?

TELÓN

Obras de Francisco G.ª Pacheco

Huéspedes tranquilos, sainete lírico en un acto y en prosa.
El Tirano, zarzuela en un acto.
La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto y en prosa.
Amores de aldea, comedia lírica en dos actos y cinco cuadros.
¡¡Abajo los solteros!!, fantasía cómico-lírica-gubernamental, en prosa.
La Giraldina, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.
El Coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa.
La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa.
El Sitio de Gerona, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El agua del Jordán, comedia en tres actos y en prosa.
Lo que dicen los otros, comedia en tres actos y en prosa.
Los mochuelos, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El castillo de la vida, revista cómico-lírica en prosa y verso.
Guitarras y bandurrias, sainete lírico en dos actos y en prosa.
Figuritas de cera, comedia en tres actos.
¡No más calvos!, apunte de sainete.

Obras de Luis Candela

El cuñao de Rosa.
Los Pelmazos.
Pedro Botero.
La prima de Bibiano.
Las acciones de Adán.
El hombre pañuelo.
El reloj de arena.
El padre Cirilo.
El Sitio de Gerona.
Un pedazo de pan.
¡No más calvos!